



Javier de Navascués: *Aventureros del Nuevo Mundo. Héroes y villanos que forjaron la América hispánica*. Córdoba, Editorial Sekotia, 2023, 344 págs.

Javier de Navascués, catedrático de Literatura Hispanoamericana y director del Departamento de Filología de la Universidad de Navarra, ofrece en *Aventureros del Nuevo Mundo. Héroes y villanos que forjaron la América Hispánica* un recorrido ameno y profundo por Hispanoamérica entre los siglos XVI y XVIII, a partir de las historias de treinta protagonistas. Este último libro se suma a una importante producción del autor que comprende ensayos y ediciones críticas, entre los cuales pueden mencionarse *Adán Buenosayres: una novela total. Un estudio narratológico* (1992), *El esperpento controlado. La narrativa de Bioy Casares* (1995), *Los refugios de la memoria. Un estudio espacial sobre Julio Ramón Ribeyro* (2004), *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)* (2017) y la fundamental edición crítica de *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal (2013).

Este nuevo libro de Javier de Navascués, centrado en «las vidas reales de gentes que vivieron durante los trescientos años de existencia del imperio en la América española» (p. 14), se conforma como la narración de diferentes destinos singulares que trazaron el proceso de colonización y organización de las colonias españolas. Los protagonistas representan el mosaico multiétnico, complejo y contradictorio de la sociedad hispanoamericana durante las fundaciones, la consolidación y las reformas del imperio y revelan las transformaciones de una sociedad estratificada, con sus luces y sombras. La narración se construye en los cruces de esos destinos que se van encadenando y se abren a otros, a medida que van multiplicándose. Por ello, el libro se construye como «un árbol de historias: las ramas se entrecruzan y se enredan unas con otras» (p. 16). Las historias permiten que los protagonistas de las «biografías», en varias ocasiones, compartan destinos o se crucen con otros, por lo que «los personajes entran y salen, a veces se saludan y otras veces coinciden en sus trayectorias» (p. 16).

El libro se estructura en cinco partes, precedidas por un «Prólogo», a las que siguen el «Epílogo», la «Bibliografía» y los agradecimientos. Las partes tienen los siguientes títulos: «Fundaciones y fronteras (S. XVI)», «Flandes indiano (siglos XVI-XVIII)», «Aventureros excéntricos (siglo XVII)», «La ciudad letrada (siglo XVII)», «Ilustrados y rebeldes (siglo XVIII)». La primera parte, dedicada a la

conformación de fronteras y la fundación de ciudades, inicia con la descripción de las ciudades virreinales y su organización jurídica y general de acuerdo a las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación*. Es el período de cambios vertiginosos, en el que los principios de colonización se asentaban en la constitución de fronteras y en las fundaciones, de tal modo que «en menos de un siglo un territorio enorme había sufrido un vuelvo sin precedentes en la historia» (p. 21). La segunda parte señala la inestabilidad de la conquista que no se completó, en cuanto muchas poblaciones indígenas nunca se sometieron completamente a la autoridad española. De ahí que, como recuerda Navascués, el jesuita Diego de Rosales se refiriera al territorio de los mapuches o araucanos como «Flandes indiano», comparando «a los indios paganos del sur con los herejes holandeses del norte, porque ambas naciones resistían con la misma determinación a la monarquía más poderosa del planeta» (p. 111). La tercera parte presenta cómo América «fue adquiriendo en la mente del individuo occidental una fisonomía que hoy forma parte fundamental de nuestra visión del mundo» (p. 143-144), en un contexto de crecimiento y consolidación de infraestructuras que, sin embargo, resultaban precarias para los viajeros en el territorio de ultramar. La cuarta parte se introduce con la descripción de las múltiples formas de circulación de la letra escrita, especialmente de la literatura. A través de las biografías Navascués pone en evidencia cómo «de forma azarosa y accidentada la vida literaria comenzó a florecer en las nuevas ciudades» (p. 175), sobre todo porque «imprentas, colegios y universidades inauguraron la entrada de la cultura europea desde los primeros tiempos» (p. 175). La quinta y última parte, centrada en el período de las reformas borbónicas, se introduce con la narración de las innovaciones políticas, administrativas y económicas impulsadas desde España, que «respondían a una transformación ideológica que cuajó en las élites» (p. 229), representadas sobre todo por científicos que desplazaron a los misioneros. Las reformas modernizadoras, sin embargo, se acompañaron con descontentos, levantamientos y resentimientos, que desembocaron sucesivamente, en el siglo XIX, en el proceso de independencia.

A partir de un reflexivo y profundo estudio de fuentes historiográficas y literarias, cuyas referencias bibliográficas, ricas y detalladas, se encuentran disponibles al final del volumen, Navascués pone en el centro del debate los tres siglos de la América española, comprendida como «la primera realización de una gran civilización multiétnica y globalizada» (p. 16). Es en el cruce entre historia y literatura que Navascués indaga para comprender las razones históricas del presente, despegándose de «revisionismos» maniqueístas y simplificadores. De esta forma, la escritura bucea en la complejidad de las historias y de las fuentes, en la busca de la comprensión, no de la condena. La voz narrativa se presenta respetuosa de las perspectivas, a las que sitúa en su contexto histórico-cultural, conjetura sentimientos y expectativas, sin abandonar su contemporaneidad y sin

emitir juicios. Se trata de una «escucha» respetuosa de historias y destinos singulares, representativos de tantos otros. Como lo enuncia en el «Prólogo», «internarse en las experiencias de ese mundo precursor del actual nos ayuda a escuchar y comprender mejor a quienes piensan y viven de forma distinta a la nuestra en el día de hoy» (p.16). Se trata, entonces, de un diálogo por sobre las diferencias culturales, la búsqueda de comprensión en los destinos que se abren y entrelazan, en un plano de igualdad sin pretensiones de superioridad.

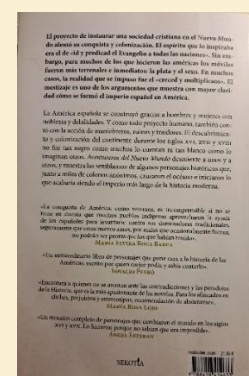
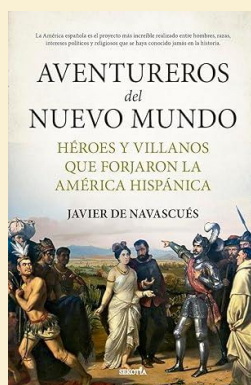
La mirada está atenta a los matices, continuidades, rupturas y conflictos de los destinos individuales que condensan y son representativos de la historia de la América española en esos tres siglos y que se proyecta al presente. Españoles, indígenas, mestizos, negros, mulatos con sus contradicciones, heroísmos y flaquezas, desfilan en las varias historias, tensionados en las adaptaciones, con sus vidas extraordinarias, fuera del anonimato, en un mundo de grandes transformaciones y choques culturales, en el pasaje traumático y tensionado a la modernidad. La variedad de los protagonistas es reconocida en el «Prólogo»: «mujeres colonizadoras, políticos decididos, campesinos devotos, eruditos del Nuevo Mundo, monjas escritoras, exploradores visionarios, rebeldes contra el sistema, esclavos, espías, artistas, militares, reformadores, misioneros, científicos» (p. 14). Entre otros personajes de la historia, desfilan, como actores en una obra signada por las continuidades y las paradojas, María de Estrada, Inés Suárez, Bernardino de Sahagún, Juan Diego, Francisco de Toledo, Pedro Sarmiento de Gamboa, Alonso de Sotomayor, Bayamo, Felipe Guamán Poma de Ayala, Antonio Ruiz de Montoya, Juan de Oñate, Gaspar de Villagrà, Lautaro, Alonso de Ercilla, Lorenzo Bernal, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, Diego de Ocaña, Catalina de Erauso, Thomas Gage, Pedro Chamijo, Martín del Barco Centenera, el Inca Garcilaso de la Vega, Juan de Palafox, Sor Juana Inés de la Cruz, Miguel Cabrera, Blas de Lezo, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Tupac Amaru II, Félix de Azara, José Celestino Mutis, Diego de Alvear, Carlos María de Alvear, Rodrigo Niño.

El mestizaje resulta la clave de comprensión de una identidad llena de contradicciones, definida desde lo ultramarino, pues permite asumir que «nuestras identidades se conformaron desde la mezcla» (p. 290) y que el diálogo con la diversidad es necesario. Para esto último son ejemplares y representativas las historias de los protagonistas que Navascués recupera, ya que «les tocó en sus viajes posicionarse de nuevo, intercambiar experiencias, vivir en contacto con el otro, el diferente» (p. 290). Como afirma Ángel Esteban en la contratapa de este libro, se trata de «un mosaico completo de personajes que cambiaron el mundo en los siglos XVI y XVII. Lo hicieron porque no sabían que era imposible». Este es, pues, el desafío que Navascués propone en su nuevo libro: descubrir un mundo, con sus contradicciones y dinamismo, «pensar, conocer y comprender las vidas de esa gente que estuvo en América» (p. 290), en cuanto esto se conforma como cifra para desentrañar las contradicciones de la actualidad.

Es clave, en el proceso de transculturación y de conformación del imperio español en América, la revolución que comportó la enseñanza y la incorporación del lenguaje alfabético en las poblaciones indígenas. Esto constituye la contribución más importante, que estuvo a cargo, sobre todo, de misioneros y religiosos, cuyo accionar planteó diferencias profundas respecto a la colonización inglesa, fundamentalmente. Significativas son las figuras de Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de la Vega, quienes posicionándose en dos mundos supieron expresar su nueva voz: el primero «conocía la cultura escrita heredada de los españoles y se aprovechó de ella para decir lo que pensaba con las reglas de los nuevos señores» (p. 89) y el segundo, «primer escritor de América» (p. 177) apeló a la integración.

Una historia emblemática, entre las tantas que presenta Navascués, es la de Diego de Alvear y su hijo, Carlos María, quienes tomaron diferentes posiciones en la historia, urgidos por hechos políticos. Así, mientras el padre organizaba trincheras para defender a España de la invasión napoleónica, el hijo participaba en la emancipación de las tierras americanas de España. Más allá de los conflictos familiares, determinantes en las elecciones personales y en las relaciones, se registra un choque no solo intergeneracional sino un proceso divergente de identificación y pertenencias. Como afirma Navascués, la discordia entre padre e hijo evidenció cómo este último «se emancipaba de la tierra paterna y abrazaba la de su madre perdida» (p. 286) y, en su caso, «la madre patria era, en realidad, la nación del padre» (p. 286).

Este libro, como observó María Rosa Lojo (en la contratapa del volumen), «encantará a quienes no se asustan ante las contradicciones y las paradojas de la Historia, que es la más apasionante de las novelas. Para los afincados en clichés, prejuicios y estereotipos, recomendación de abstenerse». Por ello su lectura resulta apasionante e imprescindible, pues revela el propio rostro del lector, la cifra de una compleja identidad en ese cruce entre literatura e historia, entre pasado y presente, entre diálogo y choque cultural que son, en definitiva, problemáticas siempre actuales.



Fernanda Elisa Bravo Herrera
(CONICET – Instituto de Literatura Argentina, UBA)